
Michel Tournier

Clarisa



“¡Nosotros, los solteros, estamos a la vez indefensos y amenazados!”

Anselmo había lanzado esta afirmación con un tono perentorio después de un largo silencio durante el cual había escuchado las quejas y las reclamaciones de otros comensales no casados. Luego, había tomado una botella de sidra y se había puesto a llenar los vasos, como para asegurarse así de que tendría un auditorio calmado y atento.

“Nos quejamos de las exigencias del recaudador de impuestos que aplasta a los solteros con sádica predilección. Pero además tenemos el problema de la movilidad. En las grandes empresas, se cree de buena fe que un soltero, como no tiene esposa ni hijos que jalar, puede ser desplazado, comisionado a cualquier lugar, a provincia o al fin del mundo. Se le ve como un viajero sin maletas que se puede transportar con menos gastos que un hombre casado. Para la empresa, eso puede ser cierto, pero para él es un desastre. Un padre de familia tiene un ambiente humano mínimo, ligado a él y que puede llevar consigo adonde sea. Su mujer y sus hijos forman una pequeña sociedad que lo seguirá mal que bien en sus migraciones. El soltero posee también un ambiente humano: sus padres, sus amigos, sus amigas, sus cotos de caza familiares, un club, salones. No se puede llevar nada de eso. Transplantado, padece una soledad completa, profunda. Le harán falta años para poder reconstituir el terreno humano sin el cual se encuentra desarraigado y en estado de carencia social.

“Sí, verdaderamente estamos indefensos y amenazados, y yo acabo de comprobarlo por experiencia.”

En seguida se calló un momento para mejor acaparar la atención.

Mi casa está cerca tanto de la iglesia como de la escuela del pueblo. El repique de campanas es uno de sus encantos; otro, el griterío lejano y refrescante del patio de recreo. Las puertas están abiertas para quien llegue. Otro rasgo de la vida de soltero. La mujer es la que cierra las puertas de una casa. Ella es la guardiana del hogar, una guardiana muchas veces demasiado celosa, que a menudo tiene

la tendencia a hacer el vacío alrededor de su marido. Todo eso lo sabemos: casi siempre un amigo que se casa es un amigo perdido. La señora lo quiere para ella sola y le repugna la complicidad creada por relaciones anteriores al matrimonio.

Por el contrario, las puertas de mi casa están siempre abiertas. Cuatro veces al día, los alumnos y las alumnas pasan gorjeando en pequeños grupos delante de las rejas boquiabiertas del jardín. Cuando hace buen tiempo, se aventuran con frecuencia en mi propiedad. Tengo avellanos, manzanos, cerezos y un níspero. Buscando al pie del muro, se encuentran en primavera fresas silvestres. Y luego está la curiosidad que despierta el extraño oficio de fotógrafo que tengo. ¿Cómo se puede uno ganar así la vida? ¡Si por lo menos tuviera una tienda con aparatos y vendiera rollos, si me vieran operar en los bautizos, en las bodas o las reuniones de cazadores! Pero no, yo soy "reportero". En el fondo, no se sabe muy bien qué hago. Y así este oficio raro, estas puertas abiertas, la ausencia de un ama de casa, provocan el desprecio de las personas serias y la curiosidad de los niños. Se atreven a hacer una expedición. Me encuentran, nos presentamos. La casa es explorada rápidamente y se nota que el refrigerador contiene una provisión de helados. Lo lleno al mismo tiempo y con el mismo ánimo que el comedero de los pájaros y la escudilla del gato.

Hay que señalar que estas incursiones son casi siempre cosa de muchachos, aunque la escuela es mixta. Las niñas son más miedosas o —debidamente amonestadas— están menos dispuestas a aventurarse en lo desconocido. Por lo demás, es digno de mención el hecho de que a pesar de los discursos "permisivos", como se dice, las costumbres sigan siendo bastante tradicionales, por lo menos en este aspecto. Me gustaría que los sociólogos investigaran en las grandes ciudades y contaran los niños y las niñas que en días festivos andan por las calles haraganeando. Estoy seguro de que hallarán diez niños por cada niña.

Un amigo a quien le hablaba de las visitas de niños y de la escasez de las niñas exclamó: "¡Por suerte para tí! ¡Cúidate de las niñas! ¡No las toques, manos quietas! A pesar de todo lo que se diga en los medios que se creen evolucionados, te puedes permitir todo con los muchachos. Las niñas son trampas... para incautos, malas lenguas, enredadoras".

No le hice mucho caso, conociendo su inveterado pesimismo y su misoginia. Después me acordé de él un día del verano pasado en que conocí a Clarisa.

Había sacado mi cámara de 4 x 5 pulgadas con todos los implementos —trípí, chasis, célula, telémetro, e incluso el flash electrónico para aclarar las sombras de una toma a pleno sol. Trataba de fotografiar una pareja de abejorros que alborotaban las espigas de una mata de lavanda. La foto podía interesarle a una revista medio científica y bastante lujosa que no paga mal, pero requería una paciencia infinita, pues es obvio que esos bichos no estaban dispuestos a cooperar en absoluto. Apenas un abejorro se hallaba en mi colimador, y yo acababa de enfocar, cuando consideraba apropiado cambiar de flor antes de que hubiera yo podido tomar la foto. Estaba yo concentrado, tenso, al borde de la exasperación, cuando un enorme intruso surgió entre mis piernas, empujó el trípí y tiró la caja del chasis. Era un perrazo, un mastín negro, peludo y jovial, que levantó la pata sin ceremonias encima de mis lavandas antes de enredarse en el cable del flash.

En seguida oigo gritos, voces claras, risas, y veo que ahora aparecen dos niñas. No me acuerdo de una de ellas, que ha de haber sido gris o transparente, o incluso invisible, pues la otra era tan fina y tan bonita que sólo tuve ojos para ella. Lástima que ya no se usen ahora los mandiles de lustrina negra con guarniciones de trencilla roja que se ponían antaño los escolares. Nada hace que resalte tanto la frescura y el donaire de un niño como un vestido sombrío y austero. Clarisa tenía un delantal azul cielo, apretado por un cinturón con flores, y bastante corto, pues no cubría sus muslos dorados. Al ver a su perro retozar entre mis instrumentos, no se pudo aguantar la risa, y yo me acordé inmediatamente de los ángeles musicales de Botticelli. Se arrojó en su persecución, logró agarrarlo del collar, pero él era más fuerte y la hizo rodar sobre la yerba. Al contemplar con embeleso este espectáculo, me preguntaba yo cómo se me había podido ocurrir la idea de fotografiar abejorros.

Nos presentamos. Ella vivía con sus padres, sus dos hermanos y su hermanita en una



granja aislada a un kilómetro del pueblo. "Pero -me dijo- nos vamos a mudar pronto." Su padre trabajaba en una fábrica de material eléctrico bastante alejada. Se iba temprano, regresaba tarde. Como vivían en el campo, no iban a ninguna parte durante las vacaciones.

Las hice pasar para mostrarles mi laboratorio y algunos trabajos.

-Si vuelven otra vez, les haré un retrato a cada una, prometí hipócritamente. Pero la próxima vez no traigan al perro.

Pues lo habíamos dejado afuera y, enloquecido por el abandono, no sabía qué diablos hacer para meterse.

Nos despedimos. Ellas huyeron riendo, rodeadas por los saltos alegres del mastín, y yo me quedé solo, cautivado y un poco triste, con mi cámara de 4 x 5 pulgadas y mis lavandas que los abejorros habían dejado definitivamente. No hay nada más melancólico que un fotógrafo que ya no tiene nada que fotografiar por dejar que se le escape la única imagen que de ahí en adelante le interesa.

Clarisa volvió. Sola, sin su compañera, y yo estaba tan ciego que eso ni siquiera me sorprendió. Le hice una serie de retratos que son indiscutiblemente lo mejor que he logrado en veinticinco años de fotógrafo. Por un momento, me preocupé cuando le ofrecí unas copias para sus padres y ella me dijo: "Oh, no, eso no les interesaría". No me atreví a preguntar si estaban enterados de las visitas que ella me hacía.

Un día ella entró sacudiéndose las perlas de la lluvia de sus cabellos dorados. Luego colgó de la pared un impermeable agrietado, liviano y translúcido como el ala de una libélula, y se dirigió tranquilamente a la cocina. Yo estaba prendiendo una llamarada en la chimenea. Ella preparó un té con pan tostado. *Tea for two*. Era encantador, radiante, era idílico. No dejaba yo de pensar en Lewis Carroll, ese clérigo fotógrafo del siglo pasado que organizaba en su casa recepciones reservadas exclusivamente a niñas menores de doce años. Las maquillaba, las disfrazaba, las colocaba en grupos o formaba con ellas cuadros vivos, para eternizar en la película su efímera, frágil y delicada inmadurez. Me parece que yo mismo hubiera oído de su boca la respuesta musitada en un tono de pudor ofuscado a un amigo que le preguntaba si todas esas muchachas no lo llegaban a cansar: "¡Cállese usted, ellas son tres cuartos de mi vida!". Y mentía por timidez sobre el otro cuarto que también le pertenecía a sus amiguitas, de eso no hay duda.

¿Qué edad podía tener Clarisa? Once años tal vez, doce cuando más. Pero yo sabía por instinto que la pubertad no había derramado su sangre todavía. Lo sabía por innumerables detalles, cierta franqueza que se aproxima a la desenvoltura en sus movimientos, las cicatrices de sus rodillas redondas e ingenuas, y algunos gestos, como el poner la planta de su pie derecho atravesada sobre su pie izquierdo, postura común a los muchachos y a las muchachas, pero típicamente impúber.

¡Oh, no se rían! ¡No soy tan tonto que confunda inmadurez e inocencia! Clarisa era taimada como ninguna, y yo iba a comprobarlo de una manera vergonzosa. En mi opinión, un niño, por no estar apenado ni cegado por las fermentaciones del sexo y del corazón, puede ser más astuto que un adolescente en conflicto con sus estados de ánimo. No es raro que la pubertad convierta a una niña viva y despabilada en una pava ridículamente confundida. Clarisa, sobre todo, se comportaba como toda una mujer, de una manera increíble. Con frecuencia he tenido la oportunidad de observar esta exquisita precocidad en niñas de tan poca edad que casi eran bebés. Antes de cumplir los dos años, algunas ya saben que un hombre es un hombre y que tiene derecho a un comportamiento de parte suya que únicamente resume la palabra coquetería. En comparación, los muchachos siguen siendo unos zonzos inconscientes -salvo en lo que se refiere a su madre, claro está- hasta la edad de los primeros desahogos. Clarisa había tomado posesión de mi casa, del jardín, de mí mismo, con una naturalidad soberana, y yo me dejaba deslizar en una situación que me parecía un cuento de hadas.

Un día ella no vino. Al día siguiente tampoco. Toda la semana la esperé consumiéndome. Al menos oía el griterío de los recreos de la escuela y me convencía de que su voz formaba parte de ella. El fin de semana fue tanto más lúgubre que hacía un





tiempo glorioso. El lunes tuve un gesto de estúpida torpeza que había tratado de reprimir desde hacía ocho días: la fui a esperar a la salida de la escuela, exponiéndome así a los comentarios de todo el vecindario.

Ella se dirigió directamente hacia mí y me dijo: "Mi papá quiere verlo".

Era la amenaza que planeaba sobre nosotros desde que nos habíamos conocido y que yo debí haber conjurado tomando la iniciativa, que yo hubiera conjurado sin duda, si Clarisa no me hubiera eludido cada vez que manifestaba yo deseos de visitar a su familia.

—Cuando quiera. ¿A qué hora puede venir?

—Regresa del trabajo a las siete.

—Entonces mañana a las siete y media.

—Se lo diré.

Y se alejó muy derecha, muy seria, sin esa gracia jovial que de costumbre desplegaba en mi casa, a mi alrededor. Era obvio que el fantasma del padre ya la vigilaba y la rodeaba de una atmósfera de autoridad ceñuda.

A partir de ese momento, esperé. Cualquier cosa que hiciera —un pedido de quinientas copias exigía todo mi tiempo, si no toda mi atención— no era más que un pasatiempo, pues me carcomía la impaciencia. Estoy constituido de tal modo que la espera tiende a llenar mi vida excluyendo toda actividad, todo pensamiento ajeno, espera en verdad tiránica. ¿Qué acusaciones me podía echar en cara ese padre noble y vengador? Repasaba febrilmente mis recuerdos de las visitas de Clarisa, de las horas que habíamos pasado juntos, y honestamente no encontraba yo en ellas nada censurable. Pero Clarisa estaba en esa edad deliciosamente confusa en que la ternura no se distingue del deseo ni la palmada amistosa del abrazo amoroso. ¡Qué rápido se nos trata de seductores a los solteros, cuando casi siempre somos seducidos, presas y no cazadores, víctimas y no verdugos!

Sonó el timbre. Era él. Si hubiera esperado un patriarca enojado, imponente, majestuoso, me hubiera equivocado. Era un hombrecillo de cara triste y pálida, con una boina vasca que se había metido hasta las orejas. Un morral de obrero —su almuerzo, sin duda— completaba su laboriosa silueta.

Se sentó al borde de una silla.

—Clarisa me dijo que usted me quería hablar, comenzó.

La mentira con que empezaba la conversación aumentó mi malestar, tanto más que no podía yo saber si era cosa de Clarisa o de su padre. Sin embargo, era una oportunidad que cogí enseguida.

—Por supuesto. Ella me viene a ver bastante seguido... y me parece normal que me presente a sus padres.

Le pregunté qué le podía ofrecer. Acabó aceptando un vaso de cerveza. No, gracias, no fumaba. Un silencio enorme cayó. ¡Era increíble lo poco que nos teníamos que decir! Yo lo observaba con una atención incrédula, repitiéndome sin convicción: "Es el padre de Clarisa. Ella le debe la vida. Él la ve y la abraza todos los días". ¡Qué extraño es el orden natural de las cosas! Por su parte, él miraba a su alrededor con curiosidad.

—Clarisa me ha hablado mucho de su casa, dijo.

Me cruzó por la mente la idea un poco dolorosa de que si en efecto Clarisa me tenía cierto apego, era seguramente menos por mí mismo que por esta casa donde reinaba y que debía parecerle muy diferente a su domicilio familiar. Me levanté para mostrársela. Eso podría contribuir a que nos sintiéramos en confianza. Planta baja. La sala donde estábamos. Estudio. Cocina. Baño. La puerta que daba a la escalera del sótano. En el primer piso, otro baño y cuatro recámaras. Pero el espacio principal quedaba arriba, en el desván acondicionado recubierto por duelas de pino. Era mi taller de fotografía. Y es ahí también donde puse mi cama, pues me gusta dormir en medio de mis escudillas, de mis tripiés, de mis aparatos. Cuando iba yo a la escuela, ponía debajo de mi almohada el libro en que estaba impresa la lección para el día siguiente que menos me sabía. Creía yo que gracias al sueño el texto, tan cerca de mi cabeza, se inscribiría en ella por una especie de telepatía. Por una creencia parecida, sin duda, me gusta reposar a la sombra de los instrumentos a los que debo mi



subsistencia y mi libertad.

—Es grande, comentó el padre de Clarisa.

¿Grande? Por supuesto, una casa de campo es siempre más espaciosa que un apartamento en la ciudad. Pero, le hice ver, yo mismo era bastante “grande” con mis actividades profesionales para llenar todo ese espacio.

—No importa, es grande, se obstinó moviendo la cabeza.

Luego, con naturalidad, se puso a hablar de sus propios problemas de alojamiento. Sin duda, Clarisa me había puesto al corriente. Pronto se tendrían que mudar. La pequeña granja que ocupaban desde hacía once años —¡precisamente desde que había nacido Clarisa!—, se las había reclamado el propietario, quien, para deshacerse de ellos seguramente, les había encontrado sitio a unos treinta kilómetros, en uno de esos caseríos construidos en serie, donde casas parecidas en todo se miran por encima de un rectángulo de césped del tamaño de un tapete.

—Entonces, concluyó, vine a preguntarle si usted no sabe de algo por aquí. Nunca se sabe, puede haber una oportunidad, una casa incluso un poco en ruinas que yo me encargaría en reparar. No somos exigentes.

Prometí, conmovido por su petición de auxilio, repasando mentalmente a las personas que conocía, pero era claro que en esta campiña invadida por las residencias secundarias, el espacio está cada vez más avaramente restringido para las personas modestas. Prometí preguntar, sí, pero el tono de mi voz daba a entender que apenas creía yo poder ayudar.

Tampoco él lo creía, por lo demás, y no era eso lo que esperaba de mí. Pues de pronto su rostro gris se iluminó con una sonrisa y, como poseído por una súbita inspiración, levantó la mano hacia la escalera.

—¡Pero usted aquí! ¡No le falta espacio! Como siempre está en el segundo piso, en su desván, ¿por qué no nos renta el primer piso?

Esta oferta repentina me tomó desprevenido. Me quedé sin aliento. Y él se apresuró a insistir, como si mi silencio sofocado hubiera sido un principio de aceptación.

—No somos estorbosos, usted sabe, yo, mi mujer, los cuatro niños y Pipo.

—¿Pipo?

—Sí, el perro.

Se me había olvidado, pero de pronto volví a ver a esa enorme bestia afectuosa tirando mi chasis y levantando la pata encima de mis lavandas.

Logré recuperarme. No, de verdad, era imposible. Ni pensarlo. Yo estaba menos solo de lo que parecía. Mis amigos venían a verme. También la familia. El resto del tiempo mi trabajo exigía calma. Y esta casa, por estructura, hacía imposible el aislamiento. Cuando alguien estaba en una recámara, lo sentía yo, por muy discreto que fuera.

Hablé así un rato, tranquilamente, pero dejando adivinar bajo mis palabras un rechazo definitivo a su desatinada proposición.

Su sonrisa se disipó lentamente, mientras bajaba la vista sobre el fondo de su vaso en el que hacía girar maquinalmente un resto de cerveza.

—Lástima, murmuró, es una lástima. Es una verdadera lástima.

Luego, de pronto, me miró. Su rostro sonreía vagamente aún, pero sus pequeños ojos grises me enfocaron con una dura malicia.

—Sí, es una verdadera lástima. Porque si no encontramos nada, tendremos que mudarnos, ¿no? Y entonces, Clarisa también se irá. ◇

En francés este cuento se titula “Blandine ou la visite du père”, pero tuve que cambiarle nombre a la heroína, porque “Blandina” le hubiera hecho pensar a los lectores de la versión en español en una niña gordiflona y fofa, no en la radiante rubia que describe Tournier. En francés, “Blandine” recuerda a la primera mártir del cristianismo en las Galias; no es un nombre común, sino más bien buscado y algo anticuado. Opté por “Clarisa” que tiene más o menos las mismas connotaciones. (N. del T.)